

Encontrando su Rostro: en Honor del Personal de Salud

A inicios de este mes, el 11 de febrero, la Iglesia recordó la aparición de nuestra Santa Madre a Santa Bernadette en Lourdes, Francia, en 1858; por casi tres décadas, esta fecha ha sido también designada como el Día Mundial de los Enfermos. El pequeño manantial de agua que señaló la mujer conocida como la Inmaculada Concepción es la fuente de una corriente de purificación y sanación espiritual de muchos niveles que atrae a las personas enfermas y a sus acompañantes, trabajadores de servicios de salud que donan su tiempo y sus servicios, y a los fieles que peregrinan a este santo oasis de gracia y de paz. Sin importar cuáles sean las gracias personales que se reciben, todos se acercan a una alianza de cuidado, compasión y esperanza renovada. Los enfermos y aquellos quienes les rodean se observan unos a otros con una mirada que refleja dignidad mutua, vulnerabilidad e igualdad ante la mirada de Dios.

Cada día en Lourdes, los “malades” y aquellos quienes los acompañan hacen procesión hacia un destino sagrado en donde oran en adoración ante el Santísimo Sacramento, creando una santa comunidad de amor humano y divino. Ellos buscan el rostro de Jesús y lo encuentran en el Santísimo Sacramento Y entre ellos mismos, en donde se eliminan distinciones entre enfermos y sanos. Así como lo meditó el Papa Emérito Benedicto XVI cuando visitó Lourdes en el 2008 y presidió la adoración Eucarística, “la sagrada hostia expuesta ante nuestras miradas nos habla del infinito poder de Amor que se manifiesta en la gloriosa Cruz.” El Santo Padre Emérito exhorta a aquellos a quienes llama hermanos, hermanas, amigos, “Acepten el reconocer la presencia en sus vidas de aquel quien está presente aquí, expuesto ante sus ojos. ¡Acepten ofrecerle sus vidas mismas!”

Durante un año hemos sido testigos cada día en los medios de imágenes de personas afectadas por el COVID-19 y por los comprometidos, valientes trabajadores de la salud que ofrecen sus vidas mismas ejerciendo su profesión de sanar, cuidar y aliviar el sufrimiento. No los caricaturizamos llamándoles “súper héroes” porque son humanos muy nostálgicamente, estando sujetos a fatigas desgastantes, ansiedad, dilemas y un sufrimiento personal el cual acogen y absorben de sus pacientes, de sus familias y de sus colegas de profesión.

Nuestro Papa actual nos hace ver que, ante la mirada concreta de los más frágiles, “El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la ‘padece’ y busca la promoción del hermano.” Ellos no voltean hacia otro lado, sino que comparten el yugo humano de los pacientes a quienes consideran como su prójimo y como miembros de una familia humana. Ellos conocen los protocolos y los procedimientos que se decretan generalmente de acuerdo con los parámetros del cuidado médico, pero son también atentos escuchas, poniendo por delante el esfuerzo de un discernimiento y de un cálido consejo que respeta la irreducible peculiaridad de cada persona.

El personal de salud representa las remarcables capacidades que tiene la medicina para intervenir y asistir los potenciales naturales para sanar que tiene el cuerpo. Pero cuando la medicina llega a sus propios límites, las enfermeras, técnicos respiratorios, asistentes de enfermería, médicos, paramédicos, personal de cuidado pastoral y demás miembros del equipo permanecen como mediadores de misericordia, consiguiendo conexiones móviles entre miembros de la familia que permiten el intercambio de momentos apreciados por los seres queridos, las palabras de unción que ayudan a los pacientes a cruzar el umbral de esta vida hacia la próxima. Ellos no son simples observadores, sino que son agentes de un misterio que se compone de vida, muerte y el amor que perdura para siempre.

Sin importar sus propios compromisos personales de fe, los profesionales de la salud nos dan la esperanza de que no importa qué es lo que nos agobia o lo que nos encadena a nuestra finitud, eso no es lo que nos define o lo que tiene la última palabra; ellos confirman la intuición de nuestros corazones de que cada rostro humano revela un significado y un tesoro que nunca puede gastarse o agotarse – tanto en la memoria como en la eternidad. El médico católico Daniel P. Sulmasy sostiene “Estoy completamente convencido... si un cristiano habla desde la plenitud de sus convicciones cristianas, y un ateo habla desde la plenitud de sus convicciones ateas, se lograrán resonancias profundamente espirituales y podrán ambos aprender enormemente uno del otro.”

Sin embargo, especialmente en el ámbito clínico que está fundado como parte de una misión católica o cristiana para cuidar de los más humildes, los profesionales de la salud obtienen acceso y a la vez representan una ventana sagrada teñida artísticamente por inspiración cristiana revelando a un Dios quien tiene un rostro, quien está familiarizado con el sufrimiento, quien no elude el valle de la muerte, sino que entra en él junto con nosotros, solamente para emerger vivo, victorioso. Nuevamente, Sulmasy: “Si la medicina va a ser una profesión, en el sentido pleno de la palabra, debe reconocer que puede trascender los límites de su propia particularidad solamente si todos los miembros que forman parte de ella la practican en un espíritu de fe, esperanza y amor.”

La pandemia del coronavirus ha hecho brillar una luz sobre la noble y abnegada dedicación de los profesionales de la salud en nuestra comunidad, nuestro país, en todo el mundo. Los reconocemos en nuestros corazones y en las oraciones, honores y gratitud que les ofrecemos. La pandemia también ha demostrado la aún más luminosa dimensión del servicio de salud cuando éste se lleva a cabo en un ambiente de fe cristiana. En una consciencia centrada en

Cristo, las experiencias de la relación humana, corporeidad, vulnerabilidad, cuidado y comunión se elevan enfrentando la posibilidad y realidad de la muerte. Estos aspectos de nuestra experiencia participan, y nos ponen a disposición, hacia lo bueno que es Dios mismo. Éstas son partes de una conversación entre Dios y nosotros mismos, y entre nuestros hermanos y hermanas quienes están sujetos a la misma mortalidad, la misma “pasión” final como nosotros mismos.

Aunque este año la distribución de cenizas podrá ser diferente este Miércoles de Ceniza, las palabras opcionales son las mismas: “Recuerda que eres polvo y que en polvo te convertirás.” Tarde o temprano todos enfrentaremos la muerte; pero aún estamos invitados a un tipo de “muerte espiritual” en nuestras obras de fe y esperanza, anticipando que en este momento no somos lo que un día seremos. Dejamos de lado nuestros recurrentes temores y dudas de que no llegaremos a serlo. Nuestra esperanza afirma que la conexión, la continuidad de todo lo que pasa en la vida, incluso cuando en el presente inmediato parece dejarnos confundidos y rascándonos la cabeza. Dios en Cristo no simplemente nos espera al final de nuestro peregrinar en la tierra. Dios en carne y hueso, en nuestros profesionales de la salud y en su presencia Eucarística, nos acompaña en cada paso de nuestro recorrido.

Tengo entendido que las solicitudes de inscripción en el Colegio de Ciencias de la Salud Mercy en Des Moines no han disminuido, sino que se han incrementado como consecuencia de la pandemia. Cuántos corazones de nuestros jóvenes han sentido que el buscar el camino que les lleve a un encuentro con pacientes en la línea frontal, a pesar del riesgo personal que ellos enfrentan, no es simplemente la búsqueda de una carrera sino la respuesta a un llamado que no surge de ellos. Como el manantial de agua que descubrió Santa Bernadette en Lourdes por instrucciones de la Santísima Virgen – un manantial que se ha convertido en un torrente – en medio de una pandemia, Dios ha liberado la energía del Espíritu y está irrigando las vidas y el

testimonio de muchos. Se han sembrado tantas semillas de esperanza que nos dejan pensando sobre qué otros frutos espirituales tiene destinados Dios para nosotros. Conforme seguimos buscando y encontrando el rostro de Dios en los demás y fortaleciendo los lazos de fraternidad y comunidad que trascienden más allá de las distintas funciones y relaciones que tenemos, que podamos profundizar la fe Eucarística viviente y que es principio sagrado de todo lo que hacemos, de todo lo que somos.